

EL DESPERTAR

Son las 7:50 de la mañana. El día ha amanecido oscuro y lluvioso. El frío se ha metido por cada rincón de mi minúscula casa cuando he abierto las dos ventanas para ventilar, dos pequeñas ventanas que dan a un patio de luces aún más sombrío que el día que hoy me ha despertado.

Las sábanas pegadas a mi cuerpo caliente y cansado se han negado a despegarse antes de las 7'30 horas, así que nuevamente voy corriendo y estresada para poder llegar al trabajo.

Me he tomado una ducha rápida de cinco minutos. He abierto el armario, me he puesto los vaqueros y el jersey de siempre, porque por mucho que me prometo a mí misma que me dejaré la ropa preparada el día anterior al final llego tarde del trabajo, me da pereza, me preparo algo rápido para cenar y acabo metida en la cama, leyendo hasta que mis párpados ya no aguantan su propio peso y acaban cediendo al sueño.

En la cocina he puesto la cafetera italiana, y mientras subía el café me he preparado una tostada y he cogido una bolsa de ensalada, una lata de bonito y me he preparado un túper para comer en el trabajo y sentirme saludable, aunque a quien voy a engañar, al final el hambre me devora y acabo cogiendo en el supermercado una comida precocinada que, aunque me llena el estómago, me deja totalmente vacía.

Todas las noches me digo: este viernes modifico mis hábitos, que así no puedo seguir, que esta vida es una mierda, que parezco un zombi y que estoy perdiendo la alegría de vivir en un trabajo que no me llena, aunque paga las facturas, que solo vivo para salir el sábado con mis amigas, tomarme más copas de las que debiera para acallar esa voz interior que me está pidiendo ayuda, y dormir los domingos en casa hasta que llega nuevamente el lunes y comienza de nuevo la rueda de Hámster en la que vivo.

Son las 7:58 y cierro la puerta. Llamo el ascensor y mientras lo espero voy mirando los emails que tengo nuevos en la bandeja de entradas, citas nuevas, informes pendientes de revisar, problemas que han surgido sobre proyectos ya finalizados, reuniones de última hora...

El pitido del ascensor me avisa de que ya está en mi rellano. Sin ni siquiera levantar la cabeza de mi móvil avanzo y entro. Digo buenos días. Hay alguien dentro, pero ni siquiera lo miro. El ascensor comienza a descender. Suele haber un trayecto de 20 segundos desde mi piso hasta la planta calle, si no hace ninguna parada. Un día, me dio por cronometrarlo, no me preguntéis por qué, seguro que ese día mi cabeza quería hablarme y para variar la acallé.

El ascensor sigue descendiendo, sin paradas. Solo yo, mi móvil y una persona a la que ni siquiera he mirado.

De repente oscuridad, la nada, silencio, y solo mi corazón latiendo a mil por hora. El sonido de un móvil que se cae al suelo. Un chirrido de engranajes, una luz de emergencia.

Levanto la cabeza y veo a alguien en frente de mí. Son unos segundos, pero parecen horas. Me fijo en su rostro, calmado, relajado, descansado, y una mano se posa sobre mi brazo: - “¿Te encuentras bien? Tranquila parece un apagón- “

Extrañamente en cuanto posa su mano sobre mi brazo mi corazón comienza a ralentizar su marcha y una paz invade momentáneamente el ascensor, aunque no soy del todo consciente. Mi cuerpo me lo quiere transmitir, pero la comunicación con mi cerebro está también interrumpida, como siempre.

De repente empiezo a respirar más fuerte, el corazón se vuelve a acelerar, mis manos sudan, ¿por qué sudan? Yo nunca sudo. No puede ser, yo no puedo estar encerrada en el ascensor, no tengo tiempo para estar encerrada en un ascensor. Y extrañamente mi acompañante me contesta: “Creo que aquí no hay cobertura, yo también iba a trabajar y estaba intentando avisar, pero no tengo línea. Tendremos que esperar.”

Mi acompañante se sienta en el suelo del ascensor. Yo lo miro sin acabar de creer esa pasividad. –“Pero ¿qué haces? ¿por qué te sientas? Yo tengo una reunión dentro de quince minutos. Tengo que salir del ascensor. Habrá una llamada de emergencia, algún botón, o podemos gritar a ver si algún vecino nos oye.”

Mi acompañante sigue callado, sentado, sin intención de moverse del sitio que parece que ha hecho suyo asumiendo que vamos a estar encerrados un buen rato.

- “¿Me estás escuchando? - Miro mi móvil y conecto la linterna enfocando hacia el cuadro de mandos del ascensor. Logro encontrar el botón de emergencia. Lo presiono, pero ahí no sucede nada. Sigo presionándolo con más fuerza, pero sigue sin suceder nada. En un acto ya desesperado empiezo a presionar todos los botones, pero la nada por respuesta.

- Ha habido un apagón y no funcionan los botones. Tendremos que esperar o bien a que vuelva la luz o bien a que alguien venga al ascensor y avise a los bomberos.

- Pero... ¿cómo vamos a quedarnos sin hacer nada? Seguro que si chillamos alguien nos escucha. Me acerco a la puerta del ascensor y empiezo a aporrearla. Los gritos que lanzo de auxilio se tienen que haber escuchado en todo el barrio y sin embargo aquí no contesta nadie. - ¿cómo es posible que no conteste nadie?

-

- La gente a estas horas estará trabajando o si están en casa no creo que te hayan oído.

- Pero ¿Cómo no me van a oír? Lo miro como si mirase a un extraterrestre. La verdad es que no había visto a este vecino en la vida. Lo observo de nuevo y nada. Pero para ser sincera creo que no conozco a ningún vecino. Alguna vez me he cruzado con mi vecina del B, pero un hola, que tal, hoy parece que va a llover y poco más la verdad.

- ¿Tú los hubieras oído? - me pregunta con una mirada tranquila, serena.

Me giro extrañada y contesto tajantemente. - ¡Pues claro que lo hubiera oído!
¡Si se me ha tenido que escuchar en todo el barrio!

Él me sigue observando tranquilo, y comienza a hablarme, sin acritud, sin reproche alguno. - La semana pasada, el miércoles para ser más exactos, a las 20:30 de la noche, la Sra. Mercedes se cayó en el rellano cuando estaba sacando la basura. Por lo visto Chuchi se puso en medio atraído por el olor de la basura, se tropezó y se calló. Estuvo una hora tirada en el rellano pidiendo auxilio y cuando yo llegue a las 21:30 a mi casa, la encontré tirada y la ayude a levantarse y llamé a una ambulancia.

Yo lo miraba absorto. ¿Quién era la tal Mercedes y el chuchi ese? tenía que ser una mascota porque vamos si ahora me decía que era su marido....

-La cuestión, estuvo una hora pidiendo ayuda, y nadie contestó. Vino una ambulancia y estuvo dos días ingresadas y ¿sabes cuantas personas acudieron o se han interesado por su situación? Ninguna. Yo vivo en el piso de al lado.

Me quedé pensativa, es cierto que algo escuché, pero pensé que era mejor meterme en mis asuntos y cuando escuché la ambulancia estaba ya metida en la cama leyendo y la verdad es que no le di la mayor importancia. Lo miré apesadumbrada. En esos momentos dejó de importarme la reunión del trabajo, el apagón e incluso estar encerrada en un ascensor. Lentamente mi cuerpo voy descendiendo hasta quedarme sentada a la misma altura que mi acompañante.

- No quería que te sintieras mal, simplemente que fueras consciente de la realidad en la que vivimos y que a veces no queda otra que esperar, sentarse y esperar.

- Hola me llamo Nerea. - Y levanté mi mano ofreciéndosela a mi desconocido acompañante. - Soy tu vecina del 5ª.

- Hola me llamo Mario. Y soy tu vecino del 6ª.

- ¿Sabes que nunca te había visto?

- En realidad nos vemos prácticamente todas las mañanas, aunque tú siempre vas enfrascada dentro de ese cacharro, con los hombros en tensión y ni siquiera levantas la cabeza cuando entras al ascensor. Yo también estoy leyendo "Los últimos días de Berlín" por cierto, dijo señalando mi bolsa.

Miré mi bolsa, que había dejado apoyada en el suelo. Sobresalía parcialmente la tapa y se leía solamente el nombre de la autora y la primera palabra del título. Hacía tres días que había terminado el anterior libro, "Mujeres que compran flores" de Vanessa Montfort. Me lo llevaba al trabajo y de este modo durante la comida me aislaba en una mesa del office y engullía mi comida precocinada mientras leía tranquilamente, sola, aislada y en silencio.

- Me está gustando la verdad, aunque para ser sincero lo empecé hace dos días. Vi que lo estabas leyendo y me picó la curiosidad. Siempre llevas algún libro en tu bolsa y pensé: esta vecina mía es una adicta a la lectura, estaría bien montar un club de lectura en el vecindario, y bueno soy el primer miembro, bueno el segundo, tú eres la primera sin saberlo, pero la que me ha incitado a leer, cosa que no hacía desde hacía años. Desde que falleció mi mujer había sido incapaz

de leer un libro. Ella era una lectora voraz, y todo me recordaba a ella, incluso leer un libro.

Me había quedado muda. Lo miraba con curiosidad. Era un hombre de unos cincuenta años o más no sabría decir, porque las líneas de expresión de sus ojos hablaban de tantas experiencias, de tristezas, de alegrías, pero sobre todo me transmitían vida, una vida que yo con 30 había dejado de vivir.

- Y... ¿qué tal está Doña Mercedes, su vecina? ¿Y chuchi?, imagino que será su perro. - Logré articular con cierta dificultad al sentirme pequeña y tan ególatra por no haberme percatado de nada de lo que me acaba de contar.

- Pues está mejor. Todos los días después del trabajo paso a verla. Ella se portó muy bien cuando pasé todo el proceso de enfermedad de mi mujer hace cinco años. Y chuchi es su gato, un siamés muy mimoso pero un trasto de mucho cuidado.

- Vaya, siento lo de su mujer- Fue lo único que pude expresar, no me salían las palabras y la ira inicial se había consumido y ya no recordaba el motivo de la misma. Hacía siete años que vivía en aquel edificio y ni conocía a mi vecino, ni a su mujer y todo lo que había sufrido, ni a Chuchi ni a Doña Mercedes, ni a ninguno del resto de vecinos que vivían en mi comunidad. Las reuniones de vecinos me parecían un total castigo divino, y no iba nunca, y como estaba de alquiler tampoco pensaba que fuera mi obligación, y como bien había dicho mi vecino iba todo el día con la cara metida en el “cacharro ese” agobiada por los emails pendientes de contestar o distrayendo a mi mente con Instagram evitando tener que pensar y la vida pasaba sin que me diese cuenta.

- Bueno, eso paso hace años. Ahora voy mejor, no se cura, pero el dolor va pasando. Al final el dolor se amortigua y empiezas a darte cuenta que queda mucho por vivir y que si todavía no me ha llegado el momento es porque todavía tengo mucho que aportar. Los lunes y martes cuando salgo de trabajar acudo de voluntario al banco de alimentos, allí he hecho grandes amigos y te hace tomar perspectiva de la vida, de lo que realmente tiene importancia y de lo que bueno, no la tiene tanto, y los miércoles voy a un curso de cocina, en el que me han enseñado a prepararme comidas sanas para la semana. Ana era la que cocinaba y aunque yo me apañaba, cocinar para uno solo se me hacía innecesario y empecé a alimentarme de cualquier manera hasta que me di cuenta que ella no hubiera querido eso, que yo tenía que seguir adelante y lo primero que hice fue a apuntarme a un cursillo básico y ahora ya voy por el batch cooking, demasiado moderno para mí.

- Yo la verdad, es que soy un desastre, trabajo todo el día, como cualquier cosa en el trabajo y ni hago deporte, aunque me encanta la naturaleza y siempre me propongo que voy a hacer más salidas, alguna excursión, pero luego el tiempo pasa y no hago nada. Es como el día de la marmota, pero en semanas.

- Pues eres muy joven para vivir así, tan...como se llama esa serie que anunciaban en Netflix...

- The walking dead.

- ¡Esa!, pues es una pena la verdad, cuánta gente veo así y pienso en Ana, y lo activa que era, como le gustaba vivir la vida y entonces me entra una ira que me

cuesta controlar, porque es tan injusto que se la llevaran así, tan pronto, tan rápido....

No pude soportarlo más, o mi cuerpo llevaba tanto tiempo esperando que no pudo dejar de seguir fingiendo y empecé a llorar, por esas tardes perdidas, por esas amigas a las que no había llamado, por esas excursiones que nunca había hecho, por esas personas a las que nunca había mirado... y unos brazos me rodearon, me sentí reconfortada, me sentí liberada.

La luz del ascensor se encendió. Unas voces llegaban del exterior. El ascensor se puso en movimiento y las puertas se abrieron. Yo me hallaba todavía envuelta en ese abrazo que me había hecho sanar, encontrarme a mí misma, despertar. Me habían dado una segunda oportunidad.

Fdo: ARTEMISA